

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 7 de

Noviembre de 1889

Precios de Suscripción.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 4 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES**Puntos de Suscripción**

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Comision Ejecutiva del Monumento á Fernandez.—Una historieta casi histórica.—Madre mia.—Suscripcion permanente para las ancianas Soriano.

Comisión Ejecutiva del Monumento á Fernandez.

Con motivo de ser el 1.º de Diciembre próximo dia festivo, la comision encargada de erigir el monumento ha creido conveniente reunirse en dicho dia todos los espiritistas residentes en Barcelona y en los pueblos más cercanos, á las 10 de la mañana en el cementerio nuevo, en el departamento de los disidentes, via de la Igualdad, núm. 11, ante el nicho que encierra los restos de Fernandez.

En aquel lugar se renovará el solemne juramento de levantar un monumento á la memoria del gran apóstol del espiritismo y se procederá á colocar la primera piedra si se han vencido todos los obstáculos para comprar el terreno. ¡Espiritistas! no lo olvideis: el domingo 1.º de Diciembre Barcelona debe demostrar una vez más su amor al progreso, reuniéndose los espiritistas en el lugar donde se disgregan los restos de los libre-pensadores.

Para que esta reunion llene cumplidamente su objeto, hay que reunir fondos para la compra del terreno; se necesitan 250 palmos, y valiendo cinco pesetas el palmo hace falta reunir 1250 pesetas, solo para el pedazo de tierra, sin contar lo que hagan pagar por los trabajos de excavacion y obras accesorias.

Comprado el terreno y puesta la primera piedra, la comision ejecutiva subdividida en varias comisiones, trabajará incansablemente para reunir nuevas sumas hasta completar la cantidad suficiente que exijan las piedras que amontonadas formen el monumento que una escuela filosófica levanta á uno de sus grandes hombres.

¡Espiritistas! nosotros indudablemente somos los libre-pensadores más avanzados de nuestro tiempo, y el que más avanza está más obligado á trabajar en pró de sus ideales, porque comprende que sin actividad y sin gratitud no hay progreso. Fernandez consagró una gran parte de su vida al bien de sus semejantes, y en justa recompensa debemos los espiritistas acudir el 1.º de Diciembre ante su tumba para decir: ¡Maestro! tus discípulos no te olvidan; aquí nos tienes dispuestos á grabar tu nombre sobre una tosea piedra, que demuestre á las generaciones sucesivas tu paso por la tierra.

HISTORIETA CASI HISTÓRICA.

Seria muy largo de contar y de ningún gusto para el lector el por que teniendo yo próximamente quince años, mis padres se ausentaron de Madrid y me dejaron en un convento donde habia educandas á cientos, pues la casa las admitia de varias clases; unas que pagaban pension entera, otras que solo pagaban la mitad (en esta categoría me encontraba yo) y otras que no pagaban nada. Las primeras como es justo, tenian los mejores dormitorios, la mejor mesa y solo atendian á instruirse y á educarse, aunque tengo para mí que en ambas cosas mostraban á cada paso su deficiencia. Todos los halagos, mimos y contemplaciones de las *buenas madres* (que así exigian las monjas que las llamáramos) eran para estas afortunadas; á las de segunda clase, se nos trataba con más rigor y á las de tercera ¡pobrecitas! como zapato viejo, apesar de que el convento sacaba mucho más provecho de ellas y de nosotras que de las ricas herederas. Diré como.

Las de primera clase no cuidaban, cual he dicho, mas que de sus estudios; nosotras teníamos además á nuestro cargo, dos ó mas niñas pequeñas, que aseábamos diariamente, corriendo además de nuestra cuenta el lavado y el planchado como así mismo el nuestro propio; por lo tanto no nos quedaban tantas horas para estudio ni menos para recreo, aunque no se nos cercenaba un cuarto de hora para rezos y gerigonzas. Las educandas de última clase, que generalmente eran huérfanas, se entendian con la limpieza del establecimiento, con la cocina, con la ropa de su clase, de la primera y además cosian y bordaban para fuera, dejando á las madres pingües beneficios; en cambio recibian la manutencion, el vestir y una hora de clase de nueve á diez de la noche, amenudo suprimida para dar lugar á ejercicios espirituales.

Fuí en mis mocedades y en mi juventud sinceramente católica, pero nunca mística, ni devota, ni menos hipócrita, y aquella atmósfera de hipocresía que respiraba el convento y todo su contenido me era altamente antipática; ni me agradaba la regla, ni gustaba de mis compañeras, ni amaba á mis directoras, á las cuáles con repugnancia llamaba madres. Yo no he tenido, como cada cual mas que una madre, la quise mucho y dar este título tres veces santo á mujeres sin piedad, me parecia una usurpacion de los sagrados derechos de la naturaleza y del mundo moral. Un solo detalle bastará para dar á conocer á los lectores, de que modo entendian aquellas esposas del Señor los deberes maternos.

He tenido una repugnancia innata hácia el tomate por mas que me lo hayan disfrazado con almíbares y jaleas, nunca he podido con él. Dos ó tres meses haria que estaba en el convento, cuando se presentó á la mesa; tan para mí repugnante fruto. Advertidas las buenas madres de que no lo probaba intimáronme á que lo hiciera sopena de no comer mas bocado. Opté por lo último. Era mediodía. Por la noche apareció lo primero en la mesa mi platito de tomate. Aparté de él la vista con horror. Tenia hambre y sin embargo el estómago se resistia á aceptar aquel manjar tan apetecido de otras. En vista de mi obstinacion me retiraron de la mesa. Una educanda de quien hablaré despues, pues ella es la protagonista de esta historia, logró esconderse un mendruguito de pan y al pasar por mi cama me lo metió rápidamente entre las sábanas. Comprendí la accion, pero no me moví; apagadas las luces, lo busqué con cuidado y con mil precauciones me lo comí.

Al dia siguiente, en lugar del acostumbrado chocolate de polvos de ladrillo me presentaron el apestoso tomate. No lo toqué. Aquello era ya demasiada terquedad.

Una *buena madre* me cogió del brazo y me llevó á un cuarto donde guardaban el jabon; me dejé encerrar sin resistencia el plato de tomate me acompañó. Cuando me ví sola, fué tal mi despecho y rabia de ver junto á mí aquel aborrecido manjar que tiré el plato por una ventana alta. No se si vieron mi accion; el caso es que nadie pareció por allí. El dia se me hizo horribilmente largo, la cabeza me dolia espantosamente, el estómago me daba unos calambres atroces, y además lloré mucho, lo que aumentó mis males. Hácia media tarde ví que por debajo de la puerta introducian dos rebanadas muy finas de pan; presumí que era mi compañera de la víspera quien me traía aquel socorro, la llamé, pero no contestó. ¡Ah! pensé mientras devoraba el pan ¡á qué castigo tan duro se ha expuesto mi pobre amiga!

Tan escuálido alimento no acalló mi hambre, pero la noche se venia encima y con ella concebí la esperanza de que mejoraría mi situacion; nada mas natural que sacarme de allí entonces, mas se puso el sol, se encendieron las luces, la campana anunció la cena, los rezos y la hora del descanso. Hasta el último momento conservé la ilusion de que vendrian por mí, pero cuando oí los últimos rumores, cuando todo quedó en silencio, perdí toda confianza y me acometió la idea mas horrorosa que imaginarse pueda. Habia yo oido hablar vagamente de los impaces y me figuré que aquel sitio iba á ser mi impace, que allí me iban á dejar morir de hambre y de sed. No pensé que el cuarto no estaba bien situado para tal designio, pues no estaba aislado; tampoco razoné que estando atestado de jabon necesariamente habian de entrar en él, nada; se me apoderó la idea de que aquello iba á ser mi sepultura y el terror me volvió loca. Empecé á gritar, á llorar, á correr, por aquel reducido espacio; solo el eco del mismo cuarto contestaba á mis gritos de desesperacion. Pensé en amontonar jabon para subir y tirarme por la ventana para morir de una vez, pero la locura de que estaba poseida no me dejaba ejecutar nada; tiraba los pedazos de jabon acá y acullá, no cesando de correr. En una de mis desatinadas correrías, tropecé con el mismo jabon, caí y no sé más. Cuando volví en mí estaba en la cama y una *buena madre* iba y venia cuidándome entonces con verdadera solicitud. Estuve tres dias acostada, durante los cuales se me trató muy bien, en mi convalescencia usaron conmigo toda suerte de consideraciones y aunque nunca se me habló de lo sucedido, comprendí que querian hacerme olvidar tan bárbaro castigo. Además nunca en lo sucesivo me dieron á comer tomate, pero desde entonces cobré mas aversion á las monjas que á los mismos tomates.

Diez y siete mortales meses permanecí en el convento, durante los cuales solo me granjeé las simpatías de una jóven que á su vez me cautivó por completo. Era la que con bastante riesgo me habia dado aquellos pedacitos de pan. Se llamaba Ciriaca, y tan prosaico como su nombre era su figura; en cuanto á su suerte, corria parejas con su persona. A los diez y ocho años habia perdido á su madre, su padre se volvió á casar por la posta y la madrastra preveyendo quizá que la hija de su marido tanto por su pobreza como por su fealdad, sería de muy difícil colocacion, no encontró nada más llano que meterla en el consabido convento, pagando media pension. La pobre Ciriaca se consumia allí, llevaba ya dos años de encierro cuando yo entré y ni su bondad, ni su despejada inteligencia, ni siquiera su excesiva modestia fueron partes para atraerle el cariño de sus maestras; al contrario, hoy mas que nunca estoy persuadida de que el valor moral repele esas gentes taimadas que se asustan de cualquier perfeccion. Ciriaca y yo nos comprendimos ambas á dos y simpatizábamos muchísimo; aunque ella tenia veinte años y yo no alcanzaba quince, nos amamos con ese afecto tierno y generoso de la juventud, si bien contrariado por la regla conventual que nos prohibia distinguir á cualquier

compañera, obligada como estábamos á querernos *todas* de la misma manera.

Dió la coincidencia de que el padre de Ciriaca falleció casi al mismo tiempo que el mio. Al anunciarme esta desgracia, mi madre me notificaba su regreso, con el cual habia de verme libre de aquella cárcel. Lo contrario le advino á mi amiga; en el mundo social las mismas causas producen diferentes efectos; la muerte de mi padre me sacaba del convento, la del de Ciriaca la ataba para siempre á él, pues la madrastra no pensaba ni en sacarla del convento, ni en pagar media pensión, con cuya conducta mi amiga tenia que pasar á la tercera clase de educandas. Definir las angustias de la infeliz criatura es imposible. Yo comprendia que la vida en aquel claustro podia tolerarse á los quince años, pero de veinte para arriba debia hacerse insoportable á no ser para personas estúpidas que gracias á aquella vida automática llegasen á no pensar, ni sentir; pero Ciriaca no era de este número, ni lo sería nunca; tenia para ello demasiada inteligencia, demasiado corazón. Dolíame mucho dejarla allí y así la consolé lo mejor que pude haciéndole entrever la esperanza de que tal vez mi madre la libertara. Así sucedió en efecto; tanto hablé de Ciriaca, tanto lloré y porfié que mi madre, apesar de no contar más que con una exígua pensión de cuatro mil reales para vivir las dos, consintió, una vez nos vimos instaladas en una modestísima vivienda, en traérsela á casa. Yo habia demostrado con esa lógica matemática de los diez y seis años, que mi amiga hallaría fácil colocación, que no nos sería gravosa, etc., etc. En fin que fuimos en busca de Ciriaca, despues de obtener amplísimas libertades de la madrastra; por otra parte las *buenas madres* no se opusieron á dejarla salir; verdad que hubiesen podido explotar su trabajo como el de tantas otras, pero ya tenian muchas y mi amiga no era de su cuerda. Vínose pues á casa y entónces empezaron las idas y venidas para colocarla; ya se ofrecia como institutriz, ya como doncella de labor, ya como ama de gobierno, pero en lo poco que se encontraba, nada cuajaba; por fin supimos que un señor canónigo buscaba ama de gobierno y apesar de nuestra común repulsión hácia la gente de sotana, nos encaminamos á su casa. Entónces en Madrid no habia catedral y los canónigos no hacian más que decir misa en la capilla real, confesar alguno que otro personage de sangre azul y nada más. Con tal género de vida no es extraño que el sacerdote que nos recibió estuviese grueso, colorado, respirando toda su persona salud y bienestar. Representaba unos cuarenta años: su fisonomía sin tener nada de particular era antes hermosa que fea; en suma, todo él ofrecia un conjunto agradable. Con muchísima finura nos hizo sentar y se enteró de quién se ofrecia á ser su ama de gobierno. Mi madre le designó á Ciriaca; miróla el señor y me pareció notar cierta expresion de disgusto al ver su fealdad; pero aquello fué pasajero, sin duda era buen fisonomista y en el rostro moreno de la huérfana, en sus anchas ojeras, en su mirar tímido adivinó un mundo de sufrimiento y de bondad, porque al instante se animó y empezó á interrogarla, aumentando su satisfacción á medida que Ciriaca contestaba con cortedad, pero noble y lealmente.

Pues bien, señora, prosiguió el canónigo, estoy conforme en que venga V. á casa; estoy persuadido de que su compañía me ha de agradar muchísimo, por lo tanto mis condiciones son estas: la viejecita que ha abierto á ustedes la puerta es mi ama de cria; no tiene en el mundo más amparo que yo y deseo que se la trate con benevolencia; hay ademas una criada y si á V. no le basta puede tomar dos; no tengo ni hijos, ni sobrinos, estará V. pues aquí como el pez en el agua; de honorarios no hablemos, yo tengo por costumbre entregar íntegro lo que gano á las amas que me gobiernan ó des gobiernan; por tanta tolerancia de mi parte solo pido que mi ama duerma con.....

Al oír tal proposición quedamos las tres de piedra. Ciriaca colorada hasta las orejas, yo confusa y mi madre indignada, por lo que se levantó y dirigiendo una mirada airadísima al sacerdote exclamó: ¡Caballero, es V. un miserable!

El canónigo quedó por de pronto confundido, más reponiéndose al instante dijo:

—Señora, lo siento mucho: soy aragonés y mi franqueza ha sido en verdad demasiado brusca; esto al fin y al cabo había de suceder si bien no era ahora oportuno anunciarlo. Ya está dicho y no lo retiro y quiera Dios que esta señorita con quien tanto simpatizo, tenga mejor suerte que la que yo le ofrezco; ella se la merece, pero dudo de que la obtenga.

Nadie contestó palabra; sin saludar siquiera, tomamos las de villadiego no parando en tres calles, siempre silenciosas; por fin prorrumpimos en exclamaciones y el asunto nos dió que hablar quince días, al cabo de los cuales pudo colocarse Ciriaca como institutriz en casa de unos ricos burgueses que rabiaban por confundirse con la aristocracia, aunque conservaban la tacañería y mezquindad de su clase. Aquello sí que era gente cursi; Cachupin queriendo imitar á Fernan Nuñez. Lo que allí sufrió mi pobre amiga, ella se lo sabe. Su nombre y su figura fueron objeto de burla y de chacota; para admitirla se la exigió que vistiese muy bien, peinase idem y se puliese el rostro, asignándole para todo esto el espléndido sueldo de diez duros mensuales; la señora no le daba nunca ningun trage, los vendía en cuanto llevaban cinco ó seis puestas. Las niñas que educaba Ciriaca era inaguantables; aduladas por criados y por gentes farsantes se convirtieron en tiranuelas de su maestra. El matrimonio no se avenía bien porque ella estaba muy padecida, vieja y amojamada, él se pirraba por las mujeres jóvenes, frescas y rollizas y no ocultaba sus gustos; había además dos hijos de diez y ocho y veinte años respectivamente, malos estudiantes y calaveras deshechos; en fin entre todos componían la familia de tócame-Roque. Eso sí, los domingos se reunían los padres, los hijos y la institutriz y juntos iban á misa. Ciriaca no tenía mas consuelo que contarme sus cuitas y mas de una vez me dijo que se alegraba de ser fea, pues de ser medianamente hermosa no hubiera podido vivir en aquel centro de corrupcion.

Pasaron años, Ciriaca continuó en su puesto y yo contraí matrimonio con un buen chico, empleado, con cuatro mil reales de sueldo. Dadas nuestras modestísimas aficiones y los cuatro mil reales de mi madre, no lo hubiéramos pasado del todo mal si al señor ministro no se le hubiese ocurrido trasladarnos cada año de Cádiz á Bilbao y de ahí á Murcia y así siempre hasta que en una revuelta política quedamos sin destino. Como es natural volvimos á Madrid á pretender. Mi primer cuidado fué ir á ver á Ciriaca que me contó como los despilfarros de aquella familia desordenada la habían llevado á una ruina completa, que para ocultarla, se iban á Barcelona, pozo de España, mas que Madrid; pues cuando los perdidos no saben á donde volverse en la coronada villa, se van á la ciudad condal esperando tocar allí nuevos pitos. Por tales circunstancias mi amiga se encontraba lindamente de patitas en la calle, despues de haber servido seis años en casa grande sin poder ahorrar un cuarto. Ofrecíle mi destartalado hogar, prometiéndole compartir con ella nuestro pan y nuestra hambre. Su aceptación nos fué de algun socorro, pues tenía ropas y alhajas que fueron empeñándose y así íbamos aupando el trampolin. Mi marido se pasaba el día en la calle buscando recomendaciones y Ciriaca y yo hacíamos lo mismo con el fin de que se colocase. Tanto indagábamos que al fin en una tienda nos dijeron que en el principal de la casa buscaban ama de gobierno. Subimos sin saber mas y entramos en una habitacion, donde por los cuadros y los muebles me pareció que allí debía vivir el canónigo que seis años atrás nos dió tan valiente chasco. Guardé mis impresiones para no asustar á mi amiga y á poco

vimos aparecer el mismísimo sacerdote de marras: estaba igualito, no habian pasado dias por él; siempre la misma espresion alegre y satisfecha, siempre el mismo pelo negro y terso cútis. Al verle, Ciriaca se puso en pié como movida por un resorte; yo hice otro tanto y al conocernos y notar nuestra sorpresa el canónigo se echó á reir de muy buena gana. Su franca risa me contagió y á mi vez solté una carcajada; solo mi infeliz compañera permanecia séria, afligida, hasta que al fin se echó á llorar. Sus lágrimas cortaron nuestra risa, el canónigo se llegó á ella, la tomó suavemente de la mano obligándola á sentarse y le dijo:

Siéntese V. señora, cálmese y disimule mi hilaridad; la aventura es asaz cómica para provocarla. Su porte y su pretension me declaran sus padecimientos y su honradez. Está V. mas flaca, mas ajada que la vez primera y es que no ha encontrado por el mundo mas que miseria, podredumbre moral, encubierta con el elástico manto de la religion. Siento el mal recuerdo que debe V. guardar de mí; sin embargo en esta casa no hay mas que honradez y lealtad; V. ni se ha casado, ni se casará, la supongo demasiado cuerda para ilusionarse sobre este punto. Véngase pues aquí, en mí encontrará un buen marido; ¿qué nos faltará, la bendicion de un cura? riase de ella, yo me burlo de las que doy. En fin reflexiónelo bien, tómese para ello el tiempo que quiera, yo mismo iré á buscar la contestacion.

Salimos muy pensativas y nos encaminamos á casa; en ella estaba mi marido triste y apesadumbrado porque no habia obtenido sino vagas y lejanas esperanzas; Ciriaca llegó toda llorosa y contamos lo ocurrido; creí que iba á indignarse, pero muy al revés dijo:

—Ese sacerdote es el mas honrado del mundo y se merece la mujer mas guapa y virtuosa que en él hay. Váyase V. con él, Ciriaca, este es mi consejo y ya sabe que es el de un amigo y el de un hombre de bien.

Mi madre puso el grito en el cielo, yo le hice coro aunque no en tan alto diapason. Mi Paco repuso:

—¿Quereis pues que Ciriaca se muera de hambre; quereis colocar su virtud en tales términos que al fin sucumba á un cualquiera? ¿Teneis vosotras para llenarle el estómago de pan, como le llenais la cabeza de honradez? Ciriaca, añadió dirigiéndose á ella; V. está condenada á caer: huérfana, pobre, sin gracias y con desgracias, jamás volverá V. á encontrar un hombre que como ese le ofrezca su leal apoyo. Los hombres son muy perversos y la engañarán miserablemente. Váyase con ese sacerdote que le ofrece su salvación, váyase, antes de caer más bajo.

Quedamos todas aterradas. A Paco le sobraba la razón. Nosotras nada podíamos hacer para salvar á Ciriaca, éramos demasiado pobres. Por la noche vino el canónigo; al verle nuestra amiga se escondió; él tuvo la delicadeza de no preguntar por ella, pero se arrellanó en una silla lo mejor que pudo, se arrimó á la mesa y empezó á charlar con nosotros como si de diez años nos conociera. Volvió la noche siguiente y todas las demás. Se nos iba haciendo simpático. Ciriaca perdió su desconfianza y asistió á la reunión. El jamás le habló de cosa alguna, pero entre cuentos y chascarrillos y filosofías á las tres mujeres nos descatolizó. Al mes nos marchamos á un lugarcito de Aragon; allí habia obtenido mi marido un destino de tres mil reales. Quedamos en que Ciriaca nos escribiria; la infeliz la dejábamos sola sin ropa y sin dinero; de haber tenido para el viaje la hubiéramos llevado con nosotros, pero nos vimos y nos deseamos para pagar nuestro propio traslado. Nos despedimos con el corazón partido y al mes me anunciaba Ciriaca que habiendo hecho infinitas é infructuosas diligencias para vivir honradamente, se habia echado por fin en brazos del canónigo. Poco despues del año nos escribió

que habia tenido un hijo que ella misma criaba; la pobre sufrió mucho: aquel hijo la llenaba de vergüenza y de confusión, pero al fin se fué acostumbrando y tuvo hasta tres hijos más, considerándose luego muy feliz por ello. Al cabo de algunos años fuimos á Madrid á pretender otro destino y con la mayor confianza nos instalamos todos en casa de Ciriaca. El canónigo no habia envejecido y ella estaba más jóven: habia adquirido esa redondez de toda mujer que paga lealmente su tributo á la naturaleza, estaba blanca, colorada como su consorte y realmente guapa. Los chicos eran cuatro macizos angelotes, dignos de su orondo padre que se pasaba la vida jugando con ellos al toro y á la gallina ciega. Sorprendiome que tan poca reserva guardara el sacerdote respecto de sus hijos y preguntéle como no lo habian echado de su canonicato, á lo que él contestó que tenia muy buenos padrinos, que era el ser rico de sus padres y que el dia que lo sacaran de la iglesia se retiraría á cualquier sitio á vivir como Juan Particular. Ciriaca no vivia tan desprecupada: la idea de no poder legitimar sus niños y de que se les aplicase el epíteto denigrante de hijos de cura le quitaba mas de una hora de sueño.

—Pero, señor ¿por qué no ha de ser casado el sacerdote? se me ocurrió preguntar.

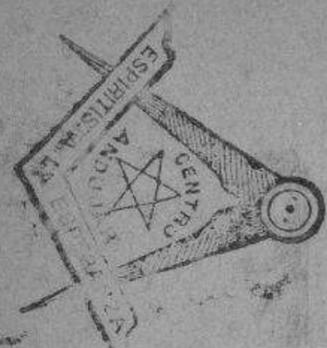
—Porque no conviene á la política de Roma, contestó el canónigo. Esto pudo ser medida de prudencia en otros tiempos, pero hoy es uno de los motivos que mas hacen decaer la iglesia. El hombre sin familia es nota discordante en la naturaleza, ente intruso en sociedad y como su aislamiento le aleja de ella, le aleja tambien de la religión á que sirve. Todos los cultos consienten el matrimonio de sus sacerdotes, solo el catolicismo se empeña en hacerlos ir contra las leyes naturales y divinas; así que sobre nosotros pesa el fraude, la hipocresía, el crimen; somos el terror de las mujeres honradas y objeto de desprecio del pueblo que nos conoce y no nos compadece. Créalo V. señora, la iglesia está muerta moralmente, la matamos nosotros, sus representantes; ó mejor dicho sus lastimosas instituciones.

Calló el sacerdote y yo me quedé pensativa. Era entónces ya espiritista, y aunque delante de él nunca quise confesar mi nueva fé, me convencí de que en efecto la Iglesia se moria no solo á manos del ariete formidable del espiritismo, sino de sus propios errores, de la pobreza soberbia y mendicante, de su irascible orgullo, disimulado por falsa modestia, del género de vida de sus sacerdotes anti-lógico, irracional y á todas luces fuera de naturaleza. Entónces me acordé de las palabras de Cristo: todo árbol malo será cortado y echado al fuego ¡Ay de la Iglesia docente! ¡Guay de sus representantes! Como dijo el Redentor de Judas, más les valiera no haber nacido.

MATILDE FERNANDEZ DE MARTINEZ.

I M A D O R E M I A I

En vano quiere el pensamiento mio,
 buscarte, ansiosa en la region del cielo,
 que al penetrar en él, solo el vacío
 la ciencia pone á mi constante anhelo:
 ¿Será posible que á castigo eterno
 un Dios de Caridad te condenára?
 Yo te quiero buscar en cse *Inferno*



que el hombre cruel en su rencor soñara.
Y penetran las capas mi mirada
de esa tierra de costra incandescente,
y en medio de ese caos, no encuentra nada
de ese lugar que horrorizó mi mente
¿Merecistes acaso el Purgatorio?
Déjame que te busque ¡No le veo!
¡Necio será el afán de ese ilusorio
pensamiento tenaz de mi deseo!

Dejad entonces que en el mármol frío,
que el todo encierra de mi amor y encanto,
un beso deje el sentimiento mio
y al par lo riegue de mi pena el llanto.
¿Es posible que ya no reste nada
del alma grande que animó su pecho?
¿Es posible que se halle aprisionada
con la materia en su sepulcro estrecho?
No puede ser así. Triste sería
suponerla en tan pobre calabozo,
¡Ay! Dejad que la busque el alma mía!
¡No me robeis tan inefable gozo!
Y crea al sentir la cariñosa brisa
que bate su sepulcro silenciosa,
que con ella va envuelta la sonrisa
de la madre mas tierna y cariñosa,
Y que al ver ese cielo tachonado
de mundos llenos de fulgor y vida,
suponga que á esos mundos la ha llevado
céfiro leve que la halló dormida;
Y si constante en mi ilusion, el sueño
compadecido mis pupilas cierra,
que pueda mi alma en su tenaz empeño,
para buscarla abandonar la tierra.
Y si dormida por mis labios vaga
dulce sonrisa que me trae el ambiente
dejad que sueñe, si el soñar me halaga,
rozan sus labios mi abrasada frente,
Si de encontrarla mi placer no sacio
En ese Infierno, Purgatorio y Cielo,
¡No me querais robar este consuelo!
¡Pueda al menos hallarla en el espacio!

ANTONIA AMAT

Suscripcion permanente para las ancianas Soriano

D. M. Navarro Murillo, Trujillo, 1 pta.—D. Tomás Cervera, Jabea, 2'50 id.—
D. Vizconde Torres, Solanot, Barcelona, 1 id.—El Angel Aracelis, Gibraltar 1'10
id.—D. Cecilio Mañez, id. 1 id.—Ana Estopa, id. 50 id.—Dominga Estopa, id.
0'50 id.—Eugenia N. de Estopa, id. 1 id.—Maria Fernandez, de Estopa, id. 1 id.—
D. José Meana, id. 1 id.—Centro Espiritista, id. 2'50 id.—Regina Gollanes, Coru-
ña, 0'50 id.—D. Manuel S. Benito, Guadalajara, 0'50 id.—D. Pablo Goday, San
Cárlos, Rápita, 1 id.—D. M. R. J. Salamanca, 0'50 id.—D. T. C. T. Barcelona,
0'50 id.—Centro Espiritista "La fraternidad," Sabadell, por tres meses, 3 id.—
Centro Espiritista Tarragona, 10'50 id.—Centro la Esperanza, Andujar, 3 id.—
Suma Total, 32'60.

Imprenta de Cayetano Campins, Santa Madrona, 10.—Gracia.